

Simone Weil

Comentarios de textos pitagóricos

Elisabeth Bart¹

Traducción de Ana Azanza Elío²

Gracias por haber leído los *Commentaires de textes pythagoriciens* tan poco citados y menos comentados a pesar de constituir “una cima en el pensamiento de Simone Weil”, según Florence de Lussy. Con Simone Weil profundiza usted en su anterior meditación, *L'expérience du modelage*. Da usted carne a ese texto, el recorrido del pensamiento de Weil se encarna en una situación vivida en un lugar y momento precisos, por el compromiso de dos seres en un acto “mayor que ambos” como lo ha escrito. Lo hace usted con una sencillez y hasta una candidez que me impresiona y se opone a la relación conflictiva aunque apasionada que mantengo con la obra de Simone Weil.

Me he peleado mucho con ese texto que a usted le resulta tan natural hasta el punto de que olvida la fuente de donde procede, los Pitagóricos, una fuente que en lo que a mí respecta no estoy segura de haber captado. Texto austero pero genial que inaugura un nuevo modo de conocimiento acompañado de una crítica al modo de conocimiento actual.

Por otro camino distinto al de Heidegger, Anders o Bernanos, Simone Weil realiza una crítica implacable de la ciencia moderna que olvidó lo que significaba ciencia para los griegos, empezando por los Pitagóricos: *conocimiento desinteresado*. Si es seguro que conocieron el álgebra de los babilonios que, 2000 años a. C tenían ecuaciones de coeficiente numéricos, es probable, escribe Simone, que no les hicieran gran caso porque no buscaban resultados sino el rigor de la demostración. En una conferencia titulada *Simone Weil y las matemáticas*, pronunciada en la B.N.F (Biblioteca Nacional de Francia) el 23 de octubre de 2009, el matemático Laurent Lafforgue precisa lo que Simone Weil entiende por “álgebra”: el uso de técnicas para las que no hace falta pensar. Subraya la oposición entre el álgebra y la geometría que funciona en el pensamiento weileano: la geometría permite la contemplación de las contradicciones que el álgebra resuelve sin

¹ Fuente: <https://lescorpselestes.fr/simone-weil-commentaire-textes-pythagoriciens/>

² Doctora en filosofía, profesora en instituto de Secundaria y Bachillerato. Autora del blog <http://sinmiedoalopusdei.blogspot.com/> y colaboradora de <http://quintadelmochuelo.blogspot.com/> y <https://esprituycuerpo.blogspot.com/>. Mantiene un canal de Filosofía: https://www.youtube.com/watch?v=WvhGl8QpAcc&fbclid=IwAR3OkizZpeuajV3hyyn3DD1V_F5Gahsm26valCcpY3XY5AjiHI82d8hXK4

pensarlas verdaderamente, cuando esas contradicciones manifiestan la necesidad que es una invitación a obedecer a una “razón sobrenatural”. Según Simone Weil, los Pitagóricos buscaron y encontraron en la geometría proporciones no numéricas, el rigor de la demostración les daba la certeza de que revelaban verdades divinas. El desprecio de los pitagóricos por los resultados es un signo de una inteligencia animada por el amor a la búsqueda de un verdadero conocimiento del mundo, que la ciencia moderna sustituyó por la voluntad de dominio del mundo. La ciencia, escribe Simone Weil, «se ha convertido en principio del mal» desde el Renacimiento, desde que las cosas divinas del conocimiento, «al rechazar el amor adquieren una eficacia diabólica».

Estos Comentarios los escribe la matemática y no sólo la filósofa, hermana del matemático André Weil, con el que nunca dejó de dialogar. Simone encuentra en el pensamiento pitagórico la noción esencial de armonía, de proporción justa, que incluye en matemáticas la de mediación. Los Pitagóricos aplicaron esta noción a todos los ámbitos. Siguiendo su ejemplo, y esa es toda la originalidad de su pensamiento, Simone Weil muestra que esta forma de proceder no es sólo posible aún sino que es siempre fecunda, a la contra de la metafísica clásica que separó filosofía y teología, y de la metafísica moderna que separó la filosofía y la ciencia. Por ejemplo, lo mismo que los Pitagóricos, que definían la armonía como una identidad de relaciones y unidad de los contrarios, utilizaban esta noción en ámbitos diferentes a la matemática y la música, ella lo utiliza en el campo de la teología. Simone se apoya en sus fórmulas, “la amistad es una igualdad hecha de armonía”, o “el pensamiento común de pensadores separados”, para pensar el dogma de la Trinidad que constituye a sus ojos la perfección de la armonía en el sentido pitagórico, puesto que implica el máximo de distancia y el máximo de unidad entre los contrarios.

Si para los Pitagóricos Dios es el uno, principio creador y ordenador, principio de limitación en la creación, en la materia inerte que es la indeterminación, falta un punto de intersección entre Él y la materia inerte. Cristo, esclavo clavado en la Cruz, transformado en cosa, es ese punto de intersección. El momento de la Cruz, momento de la perfección incomprensible del amor, instaura el máximo de distancia entre el Padre y el Hijo, la primera y la segunda Persona, y el máximo de unidad puesto que están unidos por la tercera Persona, el Espíritu Santo que es Amor. Cristo es a Dios lo que el hombre es a Dios, el Espíritu Santo es a la unión de Dios y de Cristo lo que es a la unión de Dios y del hombre. La fórmula pitagórica “la amistad es una igualdad hecha de armonía” contiene ya esa relación justa, media geométrica llevada a su perfección en el dogma de la Trinidad, cuya perfección constituye una prueba ontológica para la inteligencia con tal de que sea animada por el amor.

El principio de armonía que funda la música, la poesía y las artes, principio fundado en y por la matemática, se hunde si la inteligencia no está animada por el amor: “si la ciencia volviera a ser fiel a su origen y destino, el rigor demostrativo sería a la caridad en matemática lo que es la técnica musical a la caridad en las melodías gregorianas. Hay un mayor grado de técnica musical en el canto gregoriano que en los mismos Bach y Mozart; el canto gregoriano es a la vez pura técnica y puro amor, como lo es por otra parte todo gran arte. Lo mismo que pasa en el arte tiene que pasar en la ciencia, la cual, como el arte,

no es más que un cierto reflejo de la belleza del mundo. Así fue en Grecia. El rigor demostrativo es la materia del arte geométrico como la piedra es la materia de la escultura”.

Simone Weil considera que el pensamiento pitagórico prepara el cristianismo: el universo es el poema escrito por Dios, “supremo poeta”, en el que todo es armonía, justa proporción, donde todo se compensa, se equilibra según la imagen de la balanza. La gravedad de la necesidad (la infelicidad, el mal) es compensada por la gracia cuya belleza del mundo es una de las vías de paso. Simone encontró por sí misma, pensando, aunque bajo una forma matemática abstracta, el dogma cristiano de la Comunión de los Santos, aun cuando no había sido instruida sobre él y nunca lo mencionó como lamenta Cristina Campo.²

Cuando usted, Valérie, reflexiona sobre su propia experiencia de la creación, está usted apropiándose y encarnando el pensamiento de Weil. El límite que crea un espacio de libertad, instaura la distancia necesaria para la mediación del Amor, la tierra que es la materia de su escultura como el lenguaje es la materia de la poesía y el rigor demostrativo, la materia del arte geométrico, la función mediadora de esta materia, todo lo ha experimentado. Ha experimentado en la creación lo que ella llama “des-creación”, da testimonio de ello cuando escribe que “la creación es un acto de desposeimiento”, que “el don y el abandono son las condiciones necesarias para que tenga lugar el encuentro”. Descreearse para crear es renunciar al propio yo, consentir con no ser nada. Sin embargo lo que escribe usted del encuentro “la mirada del amor que se aloja en este espacio permite a dos ser uno”, no concuerda con la concepción weileana del amor que alimenta tal desconfianza frente a las ilusiones del amor humano que no acepta, como lo hace usted, que pueda encarnar el amor divino.

Si la mediación suprema es la del Amor, la del Espíritu Santo, parece que Simone Weil lo confunde siempre con el *amor fati* de los estoicos, un amor a la belleza del mundo universal, pero desencarnado y que ese sea, como dice Cristina Campo, el punto ciego de su pensamiento. Su teoría del retiro de Dios para dejarnos libres de amarle, parece excluir la posibilidad de una unión personal, carnal, que comprometa a todo el ser, entre el hombre y Dios. Su reiterada afirmación de que Dios no nos ama, que no puede más que amarse a Sí mismo, que amar a Dios es abrir un paso a Su Amor a través nuestro, reenvía a una forma de amor impersonal muy alejada del amor que actúa en la carne evocado por Juan de la Cruz. No obstante, podemos preguntarnos si al final del Prólogo de “El conocimiento sobrenatural”, escrito como estos *Comentarios* en abril de 1942, en las mismas trágicas circunstancias de la marcha al exilio, no se halla cerca de encontrar un amor librado de la influencia estoica, como si hubiera sentido ese punto ciego: “Sé que no me quiere. ¿Cómo podría quererme? Y sin embargo en el fondo de mí misma, un punto de mí misma no puede dejar de pensar temblando de miedo que a pesar de todo, me quiere”.³

Simone Weil no fue hasta el extremo del abandono que usted evoca, Valérie. Como escribe Cristina Campo que leyó, tradujo y conoció su obra en sus repliegues más profundos:

«La vía de Simone Weil es una gran *via negationis* espiritual y didáctica. Es decir, una obra, como decía ella misma, de la infelicidad, la virtud, de casi todo lo que actúa negativamente, aparte de Dios. Construyendo una forma hueca parecida al vacío místico del que habla Juan de la Cruz: en el que la gracia tendría necesariamente que caer, obedeciendo a la misma ley que obliga al aire a precipitarse en el vacío neumático [...]. Estamos, como podemos ver, en la forma hueca. Lo que podría llenar esa forma no está más que parcialmente presente en este libro. No puede ser de otra manera desde que es la Forma formante, como Simone Weil sabe mejor que nadie, la que debería llenarla. La que descenderá infaliblemente donde se encuentre el espacio del abandono perfecto. Y es precisamente el abandono, que supone la sencillez, virtud última de la inteligencia, lo que encontraremos menos que cualquier otra cosa en este libro. La operación de profilaxis espiritual presentada por Simone Weil quizás como nadie más en el siglo XX, no pudo realizarla sobre sí misma más que de forma limitada. Faltaba por eliminar en el fondo de sí los sedimentos seculares de la filosofía de las Luces y de sus mitos que detestaba”.⁴

NOTAS

¹ Simone Weil, *Commentaires de textes pythagoriciens* in *Œuvres*, (Gallimard, coll. Quarto, 2008); p.605.

² Cf. «Le Père Perrin n'a-t-il jamais parlé à Simone Weil, ou comment lui en parla-t-il, du grand dogme de la Communion des Saints?» Cristina Campo, *Introduction à Attente de Dieu de Simone Weil* in *La noix d'or* (Gallimard, Coll. L'Arpenteur, 2006); p. 203.

³ *Prologue* in *Œuvres, op. cit.*, p. 807. Dans ce poème en prose, pour Simone Pétrement, le pronom « il » désigne Dieu qui vient chercher l'âme et ensuite se retire, l'abandonne, afin qu'elle puisse le chercher à son tour et l'aimer librement.

⁴ Cristina Campo, *Introduction à Attente de Dieu de Simone Weil, Op. cit.*, pp.192-93.